

DOMINIC LIEVEN

RUSIA CONTRA
NAPOLEÓN

LA BATALLA POR EUROPA
(1807-1814)

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ-FLÓREZ

BARCELONA 2025



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Russia Against Napoleon*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Dominic Lieven
© de la traducción, 2025 by José Manuel Álvarez-Flórez
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *El vivac nocturno de la Grande Armée* (1896-1897),
de Vasili Vereshchaguin

ISBN: 978-84-19958-63-1
DEPÓSITO LEGAL: B. I4 204-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota sobre el texto</i>	7
1. Introducción	9
2. Rusia como gran potencia	34
3. La alianza ruso-francesa	101
4. Los preparativos para la guerra	165
5. La retirada	223
6. Borodinó y la caída de Moscú	277
7. El frente interno en 1812	341
8. El avance desde Moscú	384
9. La campaña de primavera: 1813	453
10. La reconstrucción del ejército	520
11. El destino de Europa en juego	567
12. La batalla de Leipzig	674
13. La invasión de Francia	726
14. La caída de Napoleón	781
15. Conclusión	825
<i>Agradecimientos</i>	836
<i>Mapas</i>	840
<i>Apéndice 1. El ejército ruso en junio de 1812</i>	857
<i>Apéndice 2. El ejército ruso al comienzo de la campaña de otoño de 1813</i>	873
<i>Bibliografía</i>	885
<i>Bibliografía complementaria</i>	899
<i>Índice onomástico y analítico</i>	903

Para mi valiente esposa Mikiko y en memoria de los regimientos del ejército imperial ruso que combatieron, padecieron y triunfaron en la gran guerra de 1812-1814.

NOTA SOBRE EL TEXTO

En el período que abarca este libro, Rusia se regía por el calendario juliano, que en el siglo XIX llevaba doce días de retraso respecto al calendario gregoriano utilizado en la mayor parte de Europa. Los acontecimientos de que trata el libro ocurrieron en Rusia y en el extranjero. Para evitar confusiones, me remito al calendario gregoriano en todo el texto. Los documentos mencionados en las notas se citan en su forma original y cuando tienen fechas que corresponden al calendario juliano se indica entre paréntesis (CJ).

He procurado (no siempre con éxito) dar la versión latina original de los apellidos de origen no ruso. Mi propio apellido aparece por ello ileso como Lieven en vez de rebajado y reducido a Liven. Respecto a los nombres propios he transliterado los rusos, pero utilizo en general versiones nacionales para los alemanes, franceses y otros europeos. Así, el jefe del Estado Mayor de Alejandro I se llama Piotr Volkonski, pero el general Von der Pahlen figura como Peter, por deferencia a su origen alemán báltico. Ningún sistema es perfecto en cuanto a esto, sobre todo porque los miembros de la élite rusa de la época escribían sus propios nombres de forma diferente según el momento y el idioma en que escribieran.

Cuando el nombre de una ciudad tiene una versión no rusa de uso común la he utilizado. Así la ciudad que ardió fue Moscú en vez de Moskva. Pero otras ciudades del Imperio ruso se dan habitualmente en la versión rusa, salvo que la alemana o la polaca resulten más familiares para el lector. De las poblaciones del Imperio austríaco y de Alemania se da normalmente el nombre alemán con el propósito de facilitar la tarea a los desconcertados lectores que intenten seguir los movimientos de los ejércitos en los textos y los mapas, aunque cuando pueda plantearse alguna duda se da entre paréntesis la toponimia alternativa.

Los nombres de los regimientos rusos también pueden plantear el problema de si usar o no la versión adjetivada (es decir terminada en *-skii*), como en ruso. Yo prefiero regimiento Moscú (por po-

ner un ejemplo) que regimiento moscovita, aunque hago algunas excepciones en el caso de la Guardia imperial: sus regimientos de infantería veteranos, por ejemplo, recibían nombres de pueblitos próximos a Moscú. Tiene mucho más sentido hacer uso de su forma adjetivada ordinaria, es decir, el regimiento Preobrazhenski en vez de Preobrazhénskoie. También he adoptado la tradición de utilizar la versión francesa habitual (Chevaliers Gardes) en vez de la rusa (Kavalerghardski) para el regimiento y la Guardia imperial cosaca.

[*Nota a la edición española:* hemos procurado atenernos a las normas de transliteración del ruso al castellano de la Asociación Española de Profesores de Lengua Rusa, propuesta al Servicio de Traducción Española del Parlamento Europeo en 2005].

1. INTRODUCCIÓN

La derrota de Napoleón en Rusia constituye uno de los relatos más dramáticos y llenos de avatares de la historia europea. El desenlace fue incierto no sólo en 1812, sino también durante buena parte de 1813, y la mayoría de pronósticos eran favorables a Napoleón. La historia personal del emperador en esos años es la de su arrogancia y su némesis, y a ella se suma un rico elenco de personajes fascinantes que animan el relato y con los que a menudo es fácil simpatizar. Incluye también dos de las batallas más grandes de la historia europea, Leipzig y Borodinó, y muchos otros acontecimientos de gran interés para el historiador militar. Además, nos revela mucho sobre la sociedad, la cultura y la política europeas de la época. Desde el punto de vista ruso, el relato posee ese ingrediente crucial que es el final feliz: la primera Grande Armée de Napoleón fue derrotada en Rusia en 1812; la segunda, en los campos de batalla de Alemania en 1813. El ejército ruso persiguió a los franceses desde Moscú hasta París en la campaña más larga de la historia europea, y entró en la capital enemiga a la cabeza de la coalición victoriosa el 31 de marzo de 1814.

Hace muchísimos años que deseo contar esta historia. Como soy un historiador chapado a la antigua me gusta que mis historias sean veraces, o al menos se acerquen a la verdad tanto como permita un estudio honesto, informado y metódico de los datos disponibles. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que la historia de ese período, tal como se cuenta en Europa occidental y Norteamérica, dista mucho de la verdad: me irritaba oír contar una historia falsa una y otra vez, así que decidí escribir este libro para contar cómo

y por qué Rusia derrotó a Napoleón de un modo que me parece mucho más veraz.¹

No es de extrañar que los libros ingleses, franceses y americanos suelen distorsionar lo que sucedió en 1812-1814. Las obras de carácter popular sobre la época napoleónica se atienen inevitablemente a una pauta bastante asentada. En Gran Bretaña, por ejemplo, las estanterías de libros crujen bajo el peso de las obras sobre Nelson y Trafalgar, o sobre Wellington y Waterloo: son las narraciones heroicas y los iconos de la identidad nacional británica. Napoleón y su ejército siguen fascinando al público francófono y anglófono. Por lo demás, no es posible pretender que la mayoría de los autores lean varios idiomas y consulten archivos de diversos países, es comprensible que confíen en la información de las investigaciones que realizan los especialistas. Sin embargo, no existen estudios sobre el papel que desempeñó Rusia en la derrota de Napoleón: ningún profesor occidental ha escrito jamás un libro sobre el esfuerzo bélico ruso contra Napoleón. De hecho, decir que te propones estudiar la historia de las batallas, la diplomacia y los reyes es el medio más seguro de conseguir que te rechacen en cualquier universidad británica, no digamos ya estadounidense.²

El vacío que dejan las universidades en muchas áreas de la historia militar lo llenan las escuelas del Estado Mayor. Militares especialistas (algunos de ellos oficiales en activo) han escrito excelentes libros sobre la época napoleónica, pero

¹ Buena parte de esta introducción procede de mi artículo «Russia and the Defeat of Napoleon», *Kritika*, vol. 7, n.º 2, 2006, pp. 283-308, en el que figuran exhaustivas notas al pie que conviene consultar a los lectores interesados, ya que contienen referencias a casi toda la bibliografía secundaria. Este primer capítulo introductorio también repasa muchos temas tratados con más detalle en el libro, donde indicaré las referencias bibliográficas necesarias en las notas.

² Para las principales obras en inglés sobre el tema o en relación con él, véase «Bibliografía complementaria».

casi ninguno se ocupa de Rusia.¹ Una razón de esta laguna es que hasta 1991 no se permitió el acceso de investigadores extranjeros a los archivos militares del país. Pero más decisiva todavía ha sido la idea de que son mucho más dignos de estudio los ejércitos francés y prusiano de la época napoleónica porque eran más modernos. Aparte de las impecaberas lecciones que podían aprenderse de un genio militar como Napoleón, el ejército francés se consideraba avanzado en aspectos de la guerra moderna como la división y el cuerpo en todas las armas. En el caso prusiano, estaba Clausewitz, unánimemente considerado el pensador más eminente de la guerra moderna. Además, se creía que Prusia había creado otros dos elementos importantes de la modernidad militar en la época: el primer Estado Mayor moderno y un ejército de reclutamiento masivo sumamente eficaz y motivado. En cambio, parecía tener poco interés esforzarse en aprender ruso y buscar información fuera de los archivos para estudiar un ejército que seguía siendo claramente del Antiguo Régimen. El resultado es que se ignora o se interpreta mal la perspectiva rusa de la historia, ya que los historiadores la observan desde el punto de vista de las fuentes escritas en alemán o francés.

En cuanto a las fuentes francesas,² es indiscutiblemente peligroso interpretar un ejército o una campaña militar desde la perspectiva del enemigo. Los oficiales franceses solían escribir informes o memorias para conseguir ascensos, darse autobombo, alcanzar la gloria o justificar sus actos. Así pues, quien examine los informes de la época no encontra-

¹ La única excepción es Christopher Duffy: véase *Austerlitz y Borodínó and the War of 1812*, dos obras breves, ambas reeditadas (Londres, Castell, 1999), escritas y publicadas años antes, cuando los extranjeros no podían consultar los archivos rusos. Las principales obras de Duffy sobre Rusia cubren un período anterior.

² Me refiero a las fuentes primarias: existe abundante y excelente bibliografía francesa secundaria sobre la época napoleónica. Véase n. 14 de mi artículo en *Kritika*.

rá mucha modestia ni humildad en los hombres que los redactaban. Por el contrario, la enérgica y arrogante autopromoción florecía a menudo en los ejércitos de Napoleón y de sus enemigos. Si los franceses resultan más arrogantes que la mayoría es porque hasta 1812 su ejército fue el mejor de Europa en casi todos los aspectos. Y al enfrentarse a los rusos, a veces se añadía a su habitual sentimiento de superioridad un menosprecio burlón casi colonial hacia los bárbaros irracionales de las fronteras de Europa. Estableció el tono el propio Napoleón, que encontró pocas palabras de alabanza para cualquier tropa rusa que no fuesen los cosacos. Tal vez esta actitud reflejase en cierta medida la versión francesa del exotismo y el orientalismo. Además, era útil culpar de la derrota a los cosacos o a las inclemencias del tiempo. Como el ejército francés no tenía cosacos y las inclemencias del tiempo eran una «injusticia» divina, ningún oficial francés temía que atribuir a esas razones el desastre pusiera en entredicho su propia virilidad o superioridad militar. El hecho de que la literatura en lengua inglesa a menudo reproduzca acríticamente los relatos franceses puede sacar de quicio a cualquiera que haya estudiado las fuentes rusas o simplemente paseado por los campos de batalla en cuestión.

Las fuentes en lengua alemana son mucho más variadas. En 1812-1814 hubo alemanes combatiendo con y contra Rusia. Los que lo hicieron con Rusia en 1812 eran alemanes súbditos del zar o bien oficiales que habían abandonado su propio ejército para luchar contra Napoleón. Existen unas cuantas memorias en alemán que nos explican mucho sobre el ejército y el esfuerzo bélico rusos en 1812. Por ejemplo, de todas las memorias de generales rusos las mejores probablemente sean las del príncipe Eugenio de Wurtemberg, escritas en alemán, pero son muy pocos los autores en lengua inglesa que las consultan.¹ Lo mismo sucede con otras me-

¹ *Memoiren des Herzogs Eugen von Württemberg.*

memorias escritas en alemán, en su mayor parte por súbditos de Alejandro I.¹ Las más citadas con mucho son las de Clausewitz, tanto por el prestigio del autor como por el hecho de que su historia de la campaña de 1812 se ha traducido a diversos idiomas.²

La historia de Clausewitz es sumamente útil e interesante, aunque debe tenerse en cuenta el marco en el que se escribió. El ejército prusiano de Federico el Grande había sido considerado el mejor de Europa y los oficiales extranjeros lo estudiaban como modelo. Pero en 1806 no sólo fue derrotado, sino humillado, cuando algunas retaguardias y guarniciones se desintegraron y se rindieron, a veces frente a fuerzas enemigas muy inferiores. El sentimiento de humillación aumentó cuando Federico Guillermo III se alineó con Napoleón en 1812, sobre todo entre los oficiales más patriotas, como Clausewitz, que dimitieron de sus cargos y se incorporaron al ejército ruso de 1812, xenófobo y plagado de facciones, y por lo tanto ingrato para un oficial extranjero como él, que no hablaba ruso y tenía inevitables dificultades para entender la institución y la sociedad a las que se había incorporado. Leyéndolo a veces tengo la impresión de que su situación es similar a la de un oficial del Estado Mayor del servicio secreto de las fuerzas francesas libres en Londres en 1940-1944. Sin duda alguna, tal oficial habría podido escribir un fascinante relato alternativo a los habituales informes sobre el esfuerzo bélico británico, pero sería sorprendente interpretar el conflicto únicamente a través de su perspectiva.³

Los estudios de la campaña de 1812 en inglés se concen-

¹ Por ejemplo, las memorias del jefe del Estado Mayor del cuerpo de caballería del barón Korff: F. von Schubert, *Unter dem Doppeladler*.

² En inglés, C. von Clausewitz, *The Campaign of 1812 in Russia*.

³ Los juicios de Clausewitz sobre las etapas de la campaña posteriores son más moderados (cabe suponer que influyó el hecho de que sirviera entonces a las órdenes de Luis Adolfo Pedro de Sayn-Wittgenstein, en cuya comandancia los oficiales principales eran alemanes).

tran sobre todo en los errores de Napoleón, en los problemas que causaron a los franceses la geografía y el clima rusos, y en el horror, pero también el heroísmo manifiesto, del ejército de Napoleón durante la retirada de Moscú. El relato del año 1813 pertenece tradicionalmente a autores alemanes que celebran el resurgimiento de Prusia y el triunfo del patriotismo alemán. Algunos historiadores del Estado Mayor prusiano son excelentes, sobre todo Rudolph von Friedrich.¹ No obstante, casi todas las memorias y muchas historias exponen el punto de vista prusiano de los acontecimientos, que influyó después en los autores estadounidenses y británicos. Otro tanto sucede con el enfoque que adopta la historia oficial austríaca, que no empezó a escribirse hasta poco antes de 1914 y algunos de cuyos textos tienen un cariz claramente antirruso.² En realidad, la visión rusa de los hechos atrae aún menos atención o simpatías en el caso de la campaña de 1814. Los historiadores militares se interesan por el genio revitalizado de Napoleón tras su decepcionante actuación en 1813. Los historiadores de la diplomacia y de las relaciones internacionales, por otra parte, se concentran en Metternich y lord Castlereagh como creadores de un sistema europeo estable y ordenado. A veces, esa literatura tiene un tono de guerra fría, celebrando la alianza de británicos y alemanes para proteger a Europa de la amenaza de una hegemonía rusa.³

Naturalmente, la historia que se escribe en todos los países tiene un sesgo nacional, sobre todo cuando se aborda el tema de la guerra, que suele ser la mejor fuente de mitos naciona-

¹ El primero de los tres volúmenes de la obra de R. von Friederich, *Die Befreiungskriege 1813-1815*, abarca las campañas de primavera y otoño de 1813 y la campaña de 1814.

² Véanse los cinco volúmenes de *Geschichte der Kämpfe Österreichs: Kriege unter der Regierung des Kaisers Franz. Befreiungskrieg 1813 und 1814*.

³ Esto es especialmente cierto en el caso de H. Kissinger, *A World Restored*.

listas heroicos.¹ Las guerras napoleónicas se produjeron en los albores del nacionalismo europeo moderno, en concreto en el período en que se expresaron por primera vez muchas de sus ideas fundamentales. Poco después, la Revolución Industrial traería consigo el crecimiento de las ciudades, la alfabetización generalizada y demás aspectos de la sociedad moderna que contribuyeron al florecimiento del nacionalismo. Los ingleses, por ejemplo, se adjudican tradicionalmente el triunfo de Waterloo y sólo en fecha muy reciente se ha reconocido en la literatura en lengua inglesa la decisiva contribución prusiana a la victoria.² En este contexto, no es de extrañar que los prusianos dejasen a un lado a Rusia al elaborar interpretaciones de 1813, ni que los historiadores franceses de la época se recreasen en las hazañas de Napoleón y su ejército sin prestar demasiada atención a lo que tuviesen que decir las versiones enemigas ni los historiadores extranjeros.

En general la historiografía de todas las nacionalidades ha prestado escasa atención a un aspecto crucial de la guerra napoleónica. Me refiero a la logística, es decir, el avituallamiento y equipamiento de los ejércitos. Puesto que los oficiales de intendencia tenían un estatus insignificante en todas las sociedades y los ejércitos rivales, los historiadores apenas se han centrado en sus tareas. La omisión, sin embargo, es lamentable, porque su papel fue decisivo en muchas ocasiones. Napoleón destruyó su ejército en 1812 en buena medida por fallos logísticos. En cambio, uno de los triunfos del esfuerzo bélico ruso en 1813-1814 fue suministrar eficazmente alimentos y pertrechos a más de medio millón de soldados fue-

¹ Véase, p. e., A. D. Smith, «War and Ethnicity: The Role of Warfare in the Formation, Self-Images, and Cohesion of Ethnic Communities», pp. 375-397.

² Gracias sobre todo a los dos volúmenes de P. Hofschröder, *1815: The Waterloo Campaign*, Londres, Greenhill, 1998 y 1999. [Existe traducción en español: *Waterloo*, trad. Albert Soset Mateus, Ariel, Barcelona, 2005].

ra de las fronteras del país. Cómo se consiguió en un continente europeo que por aquel entonces contaba sólo con dos ciudades de más de quinientos mil habitantes es una parte crucial de este libro. Es posible advertir un contraste notorio con lo que sucedió en la guerra de los Siete Años (1756-1763), en que la logística contribuyó a paralizar el esfuerzo militar ruso.¹

El mayor héroe, en muchos aspectos, del esfuerzo bélico ruso en 1812-1814 no fue un ser humano, sino el caballo. Es algo aplicable, en cierta medida, a toda la guerra europea por tierra del período. El caballo desempeñaba todas las funciones que realizan hoy el tanque, el camión, el avión y la artillería motorizada. En otras palabras, era el arma de choque, persecución, reconocimiento, transporte y potencia de fuego móvil. Y fue un factor crucial en la derrota de Napoleón por Rusia, tal vez el más decisivo. La enorme superioridad de la caballería ligera rusa desempeñó un papel fundamental en la tarea de negar alimento y descanso al ejército de Napoleón en su retirada de Moscú, y en su destrucción. En 1812, Napoleón no sólo perdió a casi todos los hombres, sino prácticamente todos los caballos con los que había invadido Rusia. En 1813, consiguió reemplazar a los hombres, pero encontrar caballos fue un asunto mucho más difícil, y terminó resultando calamitoso. De hecho, la falta de caballería fue lo

¹ El comentario de F. Zátler en 1860 (que la logística es la gran debilidad de la historia militar) sigue siendo válido en gran medida: *Zapiski o provodólstvii vóisk v voiénnoe vremia*, p. 95. La mejor fuente publicada sobre la logística rusa en 1812-1814 sigue siendo el informe que Georg von Cancrin y Barclay de Tolly enviaron a Alejandro I: *Upravlenie Gueneral-Intendantá Kankriná: Gueneralny sokraschonny otchot po ármiam (krome Polskoi i Rezervnoi) za pojody prótiv Frantsúzov, 1812, 1813, i 1814 godov*. Existe una útil tesis doctoral de S. V. Gavrilov, *Organizatsia i snabzhenia russkoi armii nakanune i v jode otébestvennoi voiny 1812g i zagranichnyj pojódov 1813-1815gg: Istoricheskie aspekty*. Sobre logística napoleónica, véase M. van Creveld, *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, cap. 2.

que impidió en mayor medida que Napoleón obtuviese una victoria decisiva en la campaña de primavera de 1813 y lo indujo a aceptar el fatal armisticio de los dos meses de verano que tanto contribuyó a su derrota definitiva. La ofensiva final de los aliados en 1814, que condujo a la caída de París y de Napoleón, la desencadenó la interceptación por parte de la caballería ligera rusa de despachos franceses secretos que revelaban todos los planes del emperador y la vulnerabilidad de la capital de Francia. Fue un final adecuado de los años de guerra, en los que esa misma caballería había sido superior desde el principio, alcanzando un predominio absoluto a partir de septiembre de 1812. Pero ese predominio no fue obra de Dios ni de la naturaleza. El historiador tiene que estudiar la industria rusa del caballo y saber cómo la movilizó el gobierno en 1812-1814. Además, es indispensable entender cómo manejaron, preservaron y reforzaron los rusos sus regimientos de caballería durante estas campañas. Ése es también un objetivo fundamental de este libro.¹

Naturalmente, los seres humanos en general y los historiadores nacionalistas en particular se interesaron por las hazañas de los soldados en el campo de batalla, no por cómo se llenaban el estómago o cuidaban de sus caballos. Sucedió en Rusia lo mismo que en otros lugares: también allí se explotaron los mitos nacionales de la época napoleónica. El mito oficial zarista de 1812 era que el pueblo ruso se había unido alrededor del trono bajo la dirección de la nobleza para destruir al invasor del territorio sagrado de la patria. Con todo, había mayor veracidad en ese mito ruso que en su equivalente germano-prusiano, según el cual la nación prusiana se había alzado en armas en 1813 para liberar a Alemania tras el llamamiento de Federico Guillermo III «a mi pueblo».

Una razón indiscutible de que Rusia derrotase a Napoleón

¹ Existe una interesante obra reciente sobre el caballo de guerra: L. Di-Marco, *War Horse: A History of the Military Horse and Rider*.

fue el ascenso por méritos propios a cargos importantes durante la guerra de muchos jóvenes oficiales capacitados. Entre los altos mandos militares rusos, Aleksandr Chernishev y Johann von Diebitsch ascendieron a teniente general a los veintiocho años, y Mijaíl Vorontsov, a los treinta. Ellos fueron la punta del iceberg. El conde Karl von Nesselrode sólo tenía veintiocho años cuando asumió el control del servicio de inteligencia ruso en París en 1808. Después fue el principal consejero diplomático de Alejandro I en 1813-1814. Ni siquiera la anterior generación de jefes militares era demasiado mayor: Piotr Mijaílovich Volkonski, que fue jefe del Estado Mayor de Alejandro, tenía sólo treinta y ocho años al terminar la guerra. Estos hombres dominarían el ejército y el gobierno de Rusia durante muchas décadas. Las historias oficiales de la guerra de Dmitri Buturlín y Aleksandr Mijaílovski-Danilevski tuvieron mucho cuidado de no ofender a estos grandes del reino. Existen paralelismos británicos: el duque de Wellington vivió casi cuarenta años después de Waterloo y pudo hacer casi canónica su propia versión de la batalla en Inglaterra.¹

Pero existen notables diferencias entre Wellington y los altos mandos militares rusos. Aunque el duque tuvo muchos enemigos políticos en las décadas de 1820 y 1830, cuando murió era un icono nacional. No puede decirse lo mismo de los generales rusos que vivieron tanto como él. En 1825,

¹ Sobre Wellington y la historia de Waterloo, véase M. Balen, *A Model Victory: Waterloo and the Battle for History*, Londres, Harper Collins, 1999; y P. Hofschröer, *Wellington's Smallest Victory: The Duke, the Model-Maker and the Secret of Waterloo*, Londres, Faber & Faber, 2004. La obra de Buturlín se publicó inicialmente en francés en 1824: *Histoire militaire de la campagne de Russie en 1812*. La primera historia de la campaña de Mijaílovski-Danilevski trata de la campaña de 1814: *Opisanie pojoda vo Frántsii v 1814 godú*, 2 vols. Su historia de 1812 se publicó en Petersburgo en 1839 en cuatro volúmenes: *Opisanie otéchestvennoi voiny 1812 godú*. Al año siguiente se publicó la historia de la campaña de 1813: *Opisanie voiny 1813 g.*

poco después de la muerte de Alejandro I, un grupo de oficiales—los llamados decembristas—intentaron derrocar la monarquía absoluta e instaurar un régimen constitucional o incluso una república. Se contaban entre ellos oficiales como Mijaíl Orlov y el príncipe Serguéi Volkonski, que se habían distinguido en las guerras. El golpe fue aplastado. Héroes clave de esas mismas guerras como Aleksandr Chernishev, Alexander von Benckendorff y Piotr Volkonski participaron en la represión y después fueron ministros de Nicolás I hasta mediados del siglo XIX.

La revuelta decembrista y su represión señalaron el principio de la escisión excepcionalmente amarga en Rusia entre derecha e izquierda, que desembocaría en la revolución de 1917. El odio violento entre ambos sectores contribuyó a envenenar y distorsionar los recuerdos de 1812-1814. En el Palacio de Invierno de San Petersburgo hay una magnífica galería de retratos en la que figuran casi todos los generales de 1812-1814. En la década de 1979, cuando era estudiante universitario en la Unión Soviética, me enzarqué en una acalorada discusión con una joven que se indignó porque entre los retratos figuraba el de Alexander von Benckendorff, que terminó siendo el jefe de la policía secreta de Nicolás I. De nada sirvieron mis intentos de alegar que antes había sido un héroe de guerra. Cuando lo calificué de líder de los partisanos, cosa que fue durante gran parte de 1812-1814, ella, indignada, me dejó con la palabra en la boca. Aquella joven estudiante no era en absoluto procomunista, sino el producto de una intelectualidad radical-liberal moscovita. En su opinión, los héroes de 1812 en general y los partisanos en particular eran «amigos del pueblo» y por tanto miembros honorarios por definición de su campo político radical y de su tradición.

El régimen comunista grabó esas ideas a fuego cuando se apropió del mito de 1812 y lo convirtió en parte integral del patriotismo soviético. La realidad histórica del esfuerzo bélico ruso tuvo que deformarse espectacularmente para adap-

tarse a la ideología oficial en la época estalinista. Alejandro I tenía que ser marginado y vilipendiado, y había que distorsionar el marco internacional de la guerra; Kutúzov fue elevado al nivel de Napoleón, si no por encima de él, y hubo que pasar por alto su origen aristocrático y sus relaciones con la corte (así como los del príncipe Piotr Bagratión); había que exagerar la trascendencia de la resistencia generalizada a Napoleón, mientras que la esporádica resistencia a los terratenientes y a los funcionarios del gobierno se interpretó en parte como un factor positivo de la guerra popular contra la tiranía interior y contra los franceses. Las normas oficiales de este tipo paralizaron un tiempo la investigación rusa sobre la época napoleónica y han dejado huella en el modo de pensar sobre 1812-1814 de muchos ciudadanos rusos de generaciones anteriores. Pero, afortunadamente, hace ya mucho tiempo que los historiadores rusos contemporáneos se distanciaron de los mitos estalinistas sobre la época napoleónica.¹

No obstante, y a pesar de las burdas distorsiones, la interpretación oficial de las guerras napoleónicas de la época soviética se mantuvo fiel en muchos sentidos al espíritu de Tolstói, que fue con mucho el más importante creador de mitos del siglo XIX por su influencia en la interpretación nacional (y extranjera) del papel de Rusia en la época napoleónica. Tolstói nos pinta un patriotismo ruso elemental que se aglutina en defensa del territorio nacional. Describe a Kutúzov como la encarnación del patriotismo y la sabiduría rusa, en contraste con la estupidez de los presuntos expertos militares profesionales, a quienes considera alemanes y pedantes. Su concepción de la historia, en cualquier caso, deja poco espacio para una hábil jefatura e incluso para un intento de dirigir los acontecimientos de modo racional. Celebra, en su

¹ Sobre historiografía rusa de las guerras napoleónicas, véase I. A. Shtein, *Voiná 1812 goda v otéchestvennoi istoriográfi*, y el artículo de V. P. Totfalushin en: *Entsiklopedia*, pp. 309-313.

lugar, la fuerza moral, el valor y el patriotismo de los civiles rusos. Pero en el contexto de este estudio tal vez sea importante tener en cuenta que Tolstói concluye su novela *Guerra y paz* en diciembre de 1812, cuando están por llegar los retos más importantes de la guerra. El camino largo y amargo, pero finalmente victorioso, que condujo desde Vilna en diciembre de 1812 hasta París en marzo de 1814 no desempeña ningún papel en su obra, y también se marginó completamente en el canon patriótico soviético y en la memoria popular rusa contemporánea. Por cada publicación en ruso sobre 1813-1814 probablemente haya más de cien sobre 1812. La tentativa más reciente de escribir una gran historia de 1812-1814, popular y erudita al mismo tiempo, dedica casi quinientas páginas a 1812 y cincuenta a las campañas más largas y complejas de los dos años siguientes.¹

La interpretación rusa popular o tolstoiana de la guerra se ajusta a las versiones extranjeras que minimizan el papel del gobierno y el ejército rusos en la victoria sobre Francia. El propio Napoleón se sentía muy inclinado a culpar a la geografía, el clima y el azar para absolverse de cualquier responsabilidad en la catástrofe. Los historiadores suelen añadir a la ecuación los errores de cálculo y los fallos de Napoleón, pero muchos se contentan aceptando la conclusión implícita de Tolstói de que la jefatura rusa tuvo poco control sobre los acontecimientos y la «estrategia» rusa fue una combinación de improvisación y casualidad. Además, la falta de interés ruso por 1813-1814 dejó inevitablemente el campo libre a historiadores de otros países, inmensamente complacidos de poder contar la historia de esos años marginando el papel de Rusia.

Es comprensible que los rusos se identificaran fácilmente con una guerra librada en territorio nacional en defensa de Moscú y bajo el mando de un general llamado Kutúzov.

¹ B. F. Frolov, «Da byli liudi v nashe vremia»: *Otéchestvennaia voiná 1812 goda i zagranichnye pojody rússkoi armii*, Moscú, 2005.